

AZAÑA Y LA PROYECCIÓN EXTERIOR DE ESPAÑA

Feliciano Páez-Camino Arias
Doctor en Historia

Ponencia presentada en el Homenaje a Azaña, durante la sesión
de 30 de noviembre, en el 80 Aniversario de su muerte,
en el Ateneo de Madrid.

Manuel Azaña tenía el hábito intelectual de fundamentar en la historia sus propuestas políticas y de situar los asuntos de nuestro país en un contexto más amplio. Procuró estar al tanto de lo que ocurría fuera de España y fue sensible a la influencia que en ella tenían los acontecimientos exteriores.

En su conferencia “Los motivos de la germanofilia”, en el Ateneo de Madrid el 25 de abril de 1917, se preguntaba: “¿A qué reduciríamos la España presente y futura si extirpáramos de ella esa raíz por la cual nos unimos al tronco de la civilización, raíz por la que absorbemos, como savia común, las angustias y los goces, las aspiraciones y los sinsabores de que participa el género humano?”. Veinte años justos después, en mayo de 1937, en su obra *La velada en Benicarló*, ponía en boca de Morales (escritor que se parece mucho a él mismo) lo siguiente: “El estallido atroz que despedaza a España y sus ejemplos de crueldad son frutos del contagio venido de fuera. Desde la guerra de 1914, oleadas de barbarie y violencia sumergen a Europa”.

En esquema, el pensamiento de Azaña, en esas dos décadas de reflexión y acción política, se movió entre estos dos polos ejemplificados por las citas precedentes: la conciencia de la esencial vinculación de España con el mundo; y el temor a que la influencia exterior agravara los conflictos internos. La coyuntura histórica fue deslazando el centro de gravedad de uno a otro: si, en los primeros tiempos de la actividad pública de Azaña, durante la Gran Guerra, la opinión española estaba proyectando hacia el conflicto internacional sus propias divergencias, a partir de julio de 1936, con Azaña en la Presidencia de la República, fue

el mundo entero el que proyectó sus conflictos y dilemas en la Guerra Civil española.

Entre los variados tópicos sobre su figura, uno de los más pertinaces es que, en su actuación como gobernante, desdeñó los asuntos relativos a la política exterior, siendo así responsable principal de la adversa coyuntura internacional en que se encontró la República en julio de 1936, cuando el golpe de Estado degeneró en guerra civil. Uno de los episodios que se señalan como ejemplo de esa supuesta desatención es que, al producirse la visita oficial que el presidente del Consejo (y ministro de Asuntos exteriores) francés Édouard Herriot realizó a Madrid a comienzos de noviembre de 1932, Azaña no aprovechara la ocasión para establecer acuerdos más sólidos con Francia que habrían sido útiles para la supervivencia de la República, cuatro años después. En este asunto se da la paradoja de que Azaña recibiera fuertes críticas en su tiempo, que se avivaron en la campaña electoral de noviembre de 1933, por haber atendido demasiado a las propuestas francesas, y luego reproches en su posteridad por no haberles hecho el suficiente caso.

Los estudios historiográficos sobre las relaciones internacionales de la República española, desarrollados desde los años 80 del siglo XX, han impugnado –o, cuando menos, matizado mucho– esos enfoques. Y dibujan la imagen de una política exterior muy condicionada por los vaivenes internos y por la creciente conflictividad del mundo en los años 30, pero no carente de coherencia ni de iniciativas, si bien no diseñada para el horizonte de una guerra civil internacionalizada.

Por lo que se refiere a la intervención de Azaña en ella, como presidente del Gobierno, es opinión común, entre quienes conocieron estos asuntos de primera mano, como Alcalá-Zamora o Madariaga, o se han acercado luego a estudiarlos, que de los diez ministros de Estado (hoy Asuntos Exteriores) que tuvo la Segunda República hasta la Guerra Civil, los tres designados por Azaña figuraron entre los más capacitados y emprendedores. Fueron, tras la aprobación de la Constitución, una vez apartado Lerroux: Luis de Zulueta, entre diciembre de 1931 y junio de 1933; Fernando de los Ríos, que tras su paso por las carteras de Justicia e Instrucción Pública, ocupó, breve pero activamente, la de Estado de junio a septiembre de 1933; y en 1936 Augusto Barcia. Esa solidez y

relativa estabilidad contrastan con lo ocurrido en el segundo bienio, en que se sucedieron siete ministros de Estado.

Además de escoger, para el gobierno de coalición de izquierdas que encabezaba, a ministros solventes, Azaña siguió la línea de combinar la permanencia de diplomáticos de carrera con la designación de intelectuales de formación cosmopolita para ciertas embajadas, con el objetivo de renovar la representación española en el exterior y garantizar su lealtad al nuevo régimen. Así, estuvieron al frente de Embajadas españolas en Europa Américo Castro, Ramón Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga, Gabriel Alomar, Luis Araquistain o Claudio Sánchez-Albornoz, entre otros.

Con el tradicional cuerpo diplomático no hubo tanto tino. El Gobierno consiguió, en septiembre de 1932, la aprobación parlamentaria de un proyecto de ley para reformar el acceso a la carrera diplomática y consular. De las únicas oposiciones celebradas con tal norma salieron, en 1933, 27 nuevos diplomáticos (entre ellos una mujer, Margarita Salaverría); pero del menguado éxito de ese proceso da cuenta el que solo cinco de ellos permanecerían leales al Gobierno durante la Guerra: una proporción muy inferior a la de los militares.

En los jugosos diarios de Azaña los asuntos exteriores aparecen con cierta frecuencia, pero más como comentarios sobre la vida diplomática que como consideraciones acerca de la política internacional. Y entre sus elocuentes discursos, dentro y fuera de las Cortes, no encontramos ninguno dedicado íntegramente a este tema, salvo que consideremos tal la larga intervención parlamentaria del 29 de marzo de 1932 sobre situación y reformas en el Protectorado de Marruecos. Ahora bien, muchas de sus alocuciones públicas contienen referencias, más o menos precisas, al asunto de la proyección exterior de España, y a partir de ellas podemos colegir unas líneas maestras y cierta evolución.

Azaña es consciente del peso de los elementos estructurales en las relaciones internacionales y suele mantener los grandes propósitos en el terreno de lo declarativo. Por ejemplo, en su alocución a la Asamblea de su partido, Acción Republicana, el 28 de marzo de 1932, dice: “los republicanos de todos colores, y nuestros aliados socialistas, cuando

hemos tomado la gobernación del país, no solo hemos organizado un régimen libre, sino que, además, hemos emprendido la obra de restaurar el nombre de España en el mundo entero, con su autoridad moral y política, para situarla donde le corresponde por su masa y su historia”.

Como se ve, hay más énfasis que precisión. El caso es que, a la hora de traducir esto en una práctica, conviven una continuidad esencial (que es difícil soslayar) y ciertos elementos innovadores (que no son fáciles de introducir en el difícil contexto internacional de los años 30), proyectados en tres ámbitos fundamentales: la Sociedad de Naciones, como marco preferente para afirmar la *neutralidad activa* de España y su contribución a la preservación de la paz; Europa, reforzando la tradicional relación con Francia y Gran Bretaña y manteniendo relaciones correctas con las demás potencias; e Iberoamérica, reorientando la relación con esas Repúblicas en términos de mayor intercambio cultural y presencia conjunta en el mundo.

Sobre la Sociedad de Naciones, Azaña es más bien parco. Pero cuando, en 1935, la institución ginebrina se tambalea con el asunto ítalo-abisinio y la derecha gobernante en España acentúa su hostilidad hacia ella, él proclama lo siguiente: “El interés general y permanente de España consiste en asegurar su paz y la de los demás, en mantener nuestra integridad territorial y la independencia del país. (...) España no puede trabajar mejor en ninguna parte, para esos propósitos, que en la Sociedad de Naciones”. Luego, cuando con la guerra de España se confirme la incapacidad de aquella, Azaña afirmará con melancolía, en uno de sus últimos escritos en 1939, que “La República había tomado en serio la Sociedad de Naciones”.

También hubo razones para la decepción con Gran Bretaña y Francia, donde amplios círculos oficiales, y de la opinión pública vehiculada por la prensa, acogieron con escepticismo, cuando no con aprensión, la instauración y el desarrollo de la República española, anticipando así un ambiente favorable a la futura “no intervención”. Francia era un referente político, cultural y educativo para los republicanos españoles; pero pesaron mucho las dificultades comerciales acentuadas por la crisis económica general, la tolerancia oficial -y las simpatías privadas- que encontraron allí los conspiradores

antirrepublicanos españoles, y el propio carácter errático que en esos años tuvo la política exterior francesa.

Además, la presencia compartida con Francia en Marruecos llevó a que la República no se replantea a fondo su acción en el Protectorado, y se limitara a procurar alguna difusión cultural, una reducción de los costes, y un aumento del control civil. El 17 de julio de 1936 quedaría patente el limitado éxito de esta política, y dramáticamente confirmada la observación de Azaña, que en su diario escribía el 4 de enero de 1933: “Esto de Marruecos es el talón vulnerable de la República”.

En cuanto a Iberoamérica, Azaña procuró impulsar un nuevo enfoque, patente en la mediación española en ciertos conflictos (atribución del territorio de Leticia, mediación en la guerra del Chaco); en la elaboración, con el patrocinio de la Junta de Relaciones Culturales, de un “plan de expansión cultural en América”; y en la mejora de las relaciones bilaterales, sobre todo con México, donde –lo mismo que en Brasil- la representación diplomática española fue elevada a rango de embajada. En la línea de Rafael Altamira, republicanos y socialistas pensaban que el mundo hispánico podía aunarse participando constructivamente en la vida internacional. Así lo expresó Azaña en una alocución radiofónica dirigida en 1935 “a los pueblos americanos y a mis compatriotas radicados en esas repúblicas”, en la que afirmó: “el acento de lo hispánico que vosotros lleváis gallardamente en nuestra vieja compañía, ha de ser en el mundo signo de paz, de justicia y de libertad”.

Más difíciles fueron, durante el primer bienio, las relaciones con Portugal, en buena parte debido al apoyo más entusiasta que prudente que Azaña prestó a los demócratas portugueses exiliados en España, lo que facilitó que el salazarismo en trance de consolidación amalgamara en su provecho el tradicional peligro español con el nuevo peligro revolucionario, estableciendo la identificación, tan cara a las dictaduras, entre la supervivencia de la nación y el mantenimiento del régimen. La escasa sintonía con el gobierno de Salazar no impidió la creación del Instituto español en Lisboa, primer centro de enseñanza media abierto por España en el extranjero, que inició su actividad en enero de 1933.

Hubo, por otra parte, un amago de viraje en la acción exterior de España en los últimos meses del primer bienio republicano. El 23 de marzo de 1933, Azaña anota en su diario: “Consejo en Palacio. Hablamos de política exterior”. Y luego: “han venido al despacho Zulueta y Fernando. Hemos hablado largamente de la situación internacional”.

¿Qué ocurre? Pues que Hitler es canciller de Alemania desde hace siete semanas y ha emprendido la demolición de la República de Weimar. Unos días después, el 9 de abril, en un discurso en la plaza de toros de Bilbao, Azaña, tras reiterar que “la República ha traído al espíritu español una nueva manera de contemplar la posición de España en el mundo”, añade que “precisamente por ser un país pacífico, tiene un papel que jugar en (...) las negociaciones de los pueblos, encaminadas a la paz”, y que hay que apoyar “a otros pueblos que sienten y piensan como nosotros” para “encauzar por vías políticas los turbios horizontes de la Europa actual”. Hay una especie de subida de tono, acorde con la evolución de la situación internacional.

La nazificación de Alemania daba al traste con la equidistancia mediadora que España había protagonizado en Ginebra desde el verano de 1932, en un grupo de ocho medianas potencias europeas con régimen democrático; y en cambio planteaba la conveniencia de promover un “pacto mediterráneo” que agrupara a Francia, Gran Bretaña e Italia, frente al previsible expansionismo alemán, tarea a la que se consagró con energía Fernando de los Ríos en el verano de 1933. Esa iniciativa de la política exterior española contaba con un ambiente diplomático propicio en Madrid, ya que en ese momento coincidían tres embajadores que veían con buenos ojos al gobierno español y en particular a Azaña: representaba a Francia el entonces muy azañista Jean Herbet; seguía en su puesto el británico George Grahame; y ya había llegado el estadounidense Claude Bowers.

Pero lo que falló entonces fue la coyuntura política interna. El 18 de agosto de 1933 Azaña anotaba en su diario las gestiones para el pacto, y añadía, muy en su estilo: “Pero se me antoja que antes de poner en pie tan bonito juguete, ya se nos habrá llevado la corriente”. En efecto, su gobierno, acosado por oposiciones varias, cayó el 12 de septiembre y se abrió paso a una política bastante distinta, tanto en lo interior como en lo exterior.

Al mes de presentar su dimisión, Azaña hacía un balance de sus casi dos años de gobierno, ante sus compañeros de Acción Republicana, reunidos en asamblea en Madrid el 16 de octubre de 1933, y justamente en ese discurso se extendió más que de costumbre sobre política exterior, diciendo entre otras cosas: “No podemos pensar en España aislada en el globo, como si estuviéramos gobernando o haciendo política en un país seccionado de todos los demás países del mundo civilizado...” Conviene por tanto abrir “a España nuevos rumbos y nuevos caminos para desenvolverse frente a las dificultades que pesan sobre el mundo”.

Dos años más tarde, tras la dura experiencia del segundo bienio y ante una situación internacional en la que se estaba conformando el eje Roma-Berlín (que luego se consolidaría durante la guerra de España), Azaña dijo ante la gran multitud concentrada para escucharle en el madrileño campo de Comillas el 20 de octubre de 1935: “Nosotros somos parte de las fuerzas que combaten por la democracia. Toda Europa hoy es un campo de batalla entre la democracia y sus enemigos, y España no se exceptúa. Vosotros tenéis que escoger entre democracia, con todas sus menguas, con todas sus fallas, con todas sus equivocaciones o errores, o la tiranía con todos sus horrores”.

Cuando España se convirtió literalmente en el escenario bélico, Azaña, ya presidente de la República, subrayó enseguida la esencial dimensión internacional del conflicto, insistió en que este prometía “ser el primer acto de una guerra general europea” (Valencia, 21 de enero de 1937), y, poco después, en *La velada en Benicarló* ponía en boca del socialista Pastrana esta lúcida observación “Si la República pereciese a manos de los extranjeros, Inglaterra y Francia (sobre todo Francia) habrían perdido la primera campaña de la guerra futura”.

En el último extenso discurso de su vida, en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio de 1938 (del que se suele citar el último párrafo con “paz, piedad, perdón”) afirmó: “de todas las fases por que ha ido pasando este drama español, la que hoy predomina y absorbe a todas las demás es la fase internacional”; y explicó: “El pronunciamiento militar fracasó; fracasó a las 48 horas, y estos dos años en que el poderoso concurso en hombres y material –más importante quizá el del material que el de los hombres- de Alemania e Italia y la numerosa presencia de la morisma, no han bastado para derrocar por la fuerza a la República,

están probando qué habría sido del pronunciamiento y de la guerra civil subsiguiente sin el auxilio exterior”.

Ya en el exilio francés, en la serie de once artículos que, en la primera mitad de 1939, escribió para la prensa extranjera acerca de la guerra recién concluida, cuatro de ellos estaban centrados en diversos aspectos internacionales de esta. Se titulaban “El eje Roma-Berlín y la política de no intervención”, “La URSS y la guerra de España”, “La República española y la Sociedad de Naciones” y “La neutralidad de España”.

Al año siguiente, acorralado en una habitación de hotel de Montauban tras la invasión nazi de Francia, Azaña murió. Bruscamente avejentado, pero aún joven: con 60 años. El derrumbamiento de la República francesa, después del de la española, debió de ensombrecer aún más sus últimos días.

En 1945, el antiguo conservador y a la sazón antifranquista exiliado en Argentina Ángel Ossorio y Gallardo, cuya distancia ideológica con Azaña había ido decreciendo a la par que arraigaba la amistad entre ellos, lo recordaba con admiración y afecto en sus *Memorias*; y, a propósito de la elaboración de la Carta de las Naciones Unidas, lo echaba de menos en la esfera internacional: “precisamente hoy, su inteligencia habría brillado con provecho para propios y extraños en las deliberaciones de San Francisco”.

Y en este hoy nuestro, 80 años después de que su voz se apagara, las razones sólidas que Manuel Azaña exponía, con esas palabras recias y precisas que con tanto gusto seguimos leyendo, nos invitan a considerar con atención uno de sus derrotados -y largamente denostados- afanes: construir una España democrática, abierta a un mundo en paz.